

Te mueves como un gato

Michel Perdomo

*No tema, Majestad,
que hace mucho que la sangre empapa la tierra.
Y allí donde se ha vertido
crecen racimos de uvas.*

MIJAIL BULGAKOV
El Maestro y Margarita

LA PONY Y SU PRIMA ME ABRIERON LA PUERTA VESTIDAS PARA SALIR. YO ME quedé apoyado en el marco como si tuviera metida en la cabeza media caja de ron y una libra de yerba. «Ya estamos en la calle, chinito lindo». Dijeron ellas y yo, con las palabras bailándome en la lengua les dije: «nada de calle, ricuras, aquí hay yerba», saqué un buen paquete; «ron», enseñé dos botellas de Reserva Siete Años, «y veinte dólares por tu cumpleaños, Pony»; y, alzándole el vestidito se los puse en el elástico del blumer.

A los tres segundos estaba sentado en el sofá. No hay puta mejor preparada para la vida que La Pony. En ninguna fiesta se iba a buscar veinte dólares, porque nadie en el barrio le da nada por un vacilón. Mucho trago y templeta pero nada de plata. Los cubanos no les pagan a las putas. La pobre tiene que salir a buscársela en Quinta Avenida con sus primas. No hay puta en Luyanó que tenga más primas que ella, todas jovencitas y del campo. La Pony las adora a todas, les dice secreticos, les mete la lengüita en la oreja, las hace reír, las convence, les muerde las teticas, y después llama al afortunado de turno y se arma lo que se arma. Por eso yo estaba allí, sentado en el sofá, mientras ellas iban por hielo, y ponían la música, y La Pony me daba un beso, y luego su prima, que se llamaba Miriam o Mayra, también me daba un beso, inclinándose hasta que le vi los zapatos por el escote.

Mientras ellas preparaban el decorado fui al baño, pero antes tropecé un par de veces para oírlas reír y casi al cerrar la puerta la voz de La Pony que decía: «No aguanta un round, nos da tiempo para llegar a la fiesta...» Entonces me cerré con pestillo, hice como que vomitaba, y luego fui hasta el tanque del baño y me cagué cien veces en Mario Puzo y *El Padrino*, porque no hay pistola que quepa detrás de un tanque de baño y yo tenía que esconderla

antes que comenzara el «qué calor, chinito, ¿por qué no nos quitamos la ropa?». Ellas no podían saber que yo andaba armado. Busqué en vano. No hay lugar en un baño donde meter una pistola a no ser que uno la ponga a pasar hambre cuatro años en un campo de concentración. Al final no me quedó más remedio que dejarla en el vano de la ventanita, que era bastante alta, y un segundo después me tocaba Miriam, o Mayra, y yo salí del baño enredando un «estoy okey, linda, no hay lío».

En la mesita de centro había una hielera con una de las botellas enterradas en frapé, tres vasos, y un plato lleno de cigarros. No he visto puta que tuerza mejores cigarros que La Pony, parece una máquina: los envuelve con dos dedos sin que se le bote una brizna, se los mete en la boca como si estuviera acariciando al hombre de su vida, allí les da un par de vueltas y ya los tienes listos para encender, con el papel lo suficientemente húmedo como para que sea la yerba la que queme primero, por dentro, y no salga ese sabor a papel cartucho quemado. Una especialista.

Ya se habían fumado un par de cigarros, se les veía en los ojos y la risita. Le di un par de chupadas al tercero y dije que tenía que parar un rato porque venía completo, mejor que ellas se pusieran a tono, «alcáncenme», les dije, y a ellas les dio mucha gracia y encendieron el cuarto cigarro mientras abrían la botella.

El sofá era pequeño y estábamos los tres. Una de ellas a cada lado, así que tenía las dos manos ocupadas. Lo peor es que estaban empecinadas en tumbarme para irse con los veinte dólares y me daban tragos cada cinco segundos. Con el dolor de mi alma me corrí para un butacón y les dije que tenía ganas de verlas acurrucaditas una contra la otra. Cambié la música y puse algo suave. Apagué la luz y les pedí que bailaran desnuditas mientras abría la segunda botella y, sin que ellas se dieran cuenta, les «premiaba» los tragos con una dosis capaz de tumbar a un elefante.

No hay nada como dos mujeres desnudas y juntas. No hay nada como cuatro pechos erguidos que brillan en la oscuridad y se crispan con el contacto. No hay nada como una mano de uñas pintadas de rojo corriendo sobre un muslo de mujer, buscando lentamente el sexo de la otra, trampa oscura donde caer es una bendición. Dios no pudo hacer nada mejor que dos bocas de mujer pintadas de rojo uniéndose a la vista de este solitario e indefenso ser humano. Bailaban muy juntas, pubis con pubis, las uñas enterradas en las nalgas, los muslos entrelazados y blancos. Miriam, o Mayra, era un poco más alta que La Pony y ésta podía acariciar sus senos sin trabajo, sus senos y su cuello. Las dos se iban perdiendo en su propia belleza y no se acordaban de mí, que me hacía el dormido a cada rato, pero no del todo porque las muy sinvergüenzas me querían dejar para irse a su fiesta y no me convenía. Les llevé los tragos y me puse a bailar con ellas sabiendo que era como una mancha de tinta sobre un paisaje de Van Gogh o algo peor, una cucaracha en una bañadera blanca, una plasta de mierda en el paraíso, mosca sobre el pastel de boda que venía a interponerse en su felicidad. Veinte dólares son veinte dólares, dinero que pagué por tocar y entrar en sus ricas casitas, y ellas

aceptaron porque son buenos veinte dólares cuando no hay treinta, o cuarenta, o cincuenta, claro está.

Les premié el segundo trago cuando nos íbamos para el cuarto. Mirían, o Mayra, se acostó bocarriba y me llamaba mientras La Pony le acariciaba los muslos. Entre las dos me desnudaron. Al ver el bulto en el bolsillo trasero de mi pantalón, Mayra, o Mirían, me preguntó: «¿Y eso qué cosa es, chinito?» Y yo le dije: «Un pañuelo». A lo que ella replicó: «¿Un pañuelo? Será una carpa de circo.» Y las dos se echaron a reír mientras yo me subía sobre Mirían, o Mayra. En ella entré primero pero sólo un poco, porque me hubiera casado con La Pony de no haber salido tan puta, y ahora ella estaba ahí, con el culito empinado hacia un vacío que yo podía llenar con solo colocarme detrás. Cuando llevaba un rato montado sentí que ella se reía: «se quedó dormida, mira chino, la yerba la noqueó». Ya Miriam, o Mayra, había caído. La Pony comenzó a zarandearla y yo le dije, «dale un beso, como el príncipe encantado», y ella se echó a reír y dijo. «¿Qué príncipe? mierda, que yerba mas fuerte»... Y cayó sobre la otra dejándome en el aire. Me quedé un momento mirándolas, meprobamato por toneladas y ron no ligan. Las acomodé dejando un espacio en el medio de la cama. Mi espacio.

Miré el reloj. Eran las doce de la noche. Había llegado a eso de las diez. Salí del cuarto y me vestí en la sala. Lavé los vasos premiados y les volví a echar ron «limpio». Luego fui a buscar la pistola y salí de la casa pero antes olí una rayita para aclararme la mente. Dejé la puerta sin pestillo para poder entrar sin ruido y comencé a bajar las escaleras. Alguien hablaba en el pasillo y me quedé agachado en la oscuridad hasta que se fueron. No puedo olvidar ninguna de las frases y de eso hace diez años: «No me gusta el verde», decía el tipo. «A mí no me gustas tú», decía la tipa y luego nada. Me asomé al pasillo desierto. En vez de coger la calle, fui hasta el fondo y salté para el patio de Caridad. Allí me quité el pullover y me lo puse en la cabeza, como hacen los muchachos para imitar a los ninjas: el cuello alrededor de los ojos y las mangas amarradas detrás.

Comencé mi viaje, aún recuerdo perfectamente la ruta: del patio de Caridad se llega al pasillo del edificio de Julián, caminas sobre los balones de gas hasta llegar al techo de la casa de Tania. Se saltan las cuatro casas que están juntas, la de Tania, Machín, el Berto, y Seruto: el techo de Seruto da al primer piso del edificio del correo. Allí tuve que posar de antena porque había una pareja gozando justo por donde yo tenía que pasar. Vi la función oculto tras el tanque del agua, una función mediocre, dado lo difícil que es sentirse cómodo en una escalera, con una mulata encima. Cuando llegué a la azotea del correo eran la una de la mañana y me iba pareciendo que el destino no quería que las cosas ocurrieran. Salté al edificio de al lado y luego otra vez desde el primer piso al techo de la iglesia protestante, que daba al fondo de la bodega y de allí a un pasillo muy estrecho y oscuro que daba a la calle, justo enfrente de la casa de Nina. De niño hacía este viaje jugando a los escondidos o a los pistoleros y ni me sudaba, ahora tenía un león tuberculoso en la garganta y olvídate de la respiración abdominal. Los rugidos podían

resucitar a Lázaro no tres días, sino veinte años después de muerto. Descansé un poco antes de sacar el «pañuelo» que me había tocado La Pony, que eran tres pares de guantes de cirujano de los que usaba mi vieja para fregar y no joderse las manos. Me los puse y luego limpié la pistola con un pañuelo de verdad. La pistola la tenía hacía mucho tiempo, la encontré luego de una bronquita callejera de esas en que la policía llega demasiado rápido y todo el mundo tiene que abandonar el arsenal y jurar que yo no fui, yo no estaba. Nunca la había usado pero la guardaba engrasadita. Allí me quedé, esperando, porque todo plan tiene un detalle en falso y este era el detalle que yo le dejé al destino... Yo no sabía si El Bobby iría allí esa noche.

La calle, como todas las calles del barrio, estaba completamente oscura. Un sólo farol amarillento a unos diez metros de casa de Nina y luego oscuridad. Había luces y música en casa de Nina, pero todos los días había luces y música en casa de Nina, y todos los días un millón de gente gozaban en casa de Nina y no siempre iba El Bobby, pero casi siempre el Bobby porque Nina era la puta más rica que tenía Luyanó y a ese pozo sólo bajaba él. Bobby, Bobby, Bobby... Casi llegaba a la una y media y contrario a lo normal, no parecía haber demasiada gente en la fiesta. A las dos salieron tres parejas armando bulla, se perdieron hacia la izquierda y después se escuchó un motor y pasaron por delante del pasillo en un Chevrolet cincuenta y cinco que parecía nuevo de paquete. No los conocía. Cerca de las tres salieron otras dos parejas y se perdieron calle abajo cantando *Volare*, en un idioma que quería ser italiano y sonaba a ñañigo. Para entonces ya me había fumado la caja de cigarrillos y tenía los bolsillos llenos de cabos para no dejar huellas. Uno de los cabos me quemó primero el bolsillo, luego el muslo, y más tarde los dedos porque lo guardé encendido por la tensión. Tuve que oler otra raya para tranquilizar el espíritu. Sólo quedaba una luz encendida en la casa de Nina, esa sola luz roja y la luz anémica del farol y mi cabeza que repetía una y otra vez, «no me gusta el verde, no me gustas tú». Sin poder salir de allí. Otra de las cosas que me venían a la cabeza era si a Mike Corleone le guardaron la pistola con la que mató a Sollozzo detrás o dentro del tanque del baño.

La moral del barrio, en donde era mejor meterse clavos en las manos que ser un perdedor, mi colección de novela negra americana, y la frase de Borges que dice que todo acto que uno va a emprender debe darse por hecho para que se convierta en algo irremediable, me habían llevado hasta allí. Para colmo de males le dejé al destino, o al azar, que es lo más hijo de puta que existe, la posibilidad de que las cosas no ocurrieran, pero yo era demasiado joven, demasiado joven y loco.

Salieron a las tres y media. Primero gritos de Nina, luego el ruido de algo que cae y la risa de un tipo; llanto y gritos de ¡Maricón, abusador! y risas y la puerta de la casa abierta solo un segundo para que salieran dos sombras y el portazo. Dos sombras. No era extraño, El Bobby siempre andaba con su cartuchera, o sea, el tipo que le guardaba las armas en los lugares públicos. El Bobby siempre estaba limpio y los tipos que andaban con él eran duros, tan duros como el granito, de caras malas y sonrisa torcida. Sólo él se reía con su cara de

niño bueno, de blanquito de casa. Porque El Bobby era hijo de embajador o general o director de empresa y tenía todos los negocios de Luyanó en la mano, y había luchado por tenerlos por gusto, no le hacía falta esta batalla, que fue larga y sangrienta, para vivir como un rey.

Al final de esa batalla, en la que Luyanó se dividió en dos mitades: una para el Pelicano y sus hermanos, que le dejaron al Bobby de regalo la punta de un cuchillo a un centímetro del corazón y lo tiraron delante de una guagua, y la otra mitad para el Bobby, que cuando salió del hospital fue marcando uno por uno a todos los hermanos y dejó al Pelicano de último, con una plancha pegada en la cara y viendo el amanecer con medio esqueleto roto en un manglar de la carretera de Playas del Este. Al final de esa batalla tanto el Bobby como el Pelicano salían a la calle con más guardaespaldas que el presidente de los Estados Unidos, pero los años pasaron y como cada uno tenía lo suyo —El Pelicano se quedó con Planta Habana, la fábrica de colchones, y los almacenes de víveres de Municipio, el Bobby con la fábrica de cigarros y los almacenes de zapatos, que daba dinero por tubos— nadie estaba para perder un negocio por un muerto. Habían vuelto a la normalidad, una cartuchera y dos o tres satélites pero no más. Aquí no había satélites porque al Bobby no le gustaba llevar demasiados machos a casa de Nina. Ella era algo loca y lo mismo te abría la portañuela por debajo de la mesa con los dedos de los pies que te hacía una paja en lo que el Bobby miraba la hora. Así son las mujeres, meten a los hombres en problemas nada más por joder, y no era sólo el Bobby el que quería ir sólo, tampoco sus satélites estaban dispuestos a buscarse un lío gratis.

Allí estaba Nininga, lo reconocí en la oscuridad por su caminado de luchador, en puntas de pie, y la risa de oso idiota que tiene. Los dos se pararon delante del portal de Nina a reírse y la carcajada de Nininga me sonó falsa como el tintineo de una cadena de fantasía. Saqué la pistola y me puse a apuntar a las dos sombras, pero El Bobby me quedaba detrás de Nininga, que era dos veces más alto y más fuerte. Llegaron a la luz del farol y yo seguía sin poder ubicarlo, lo peor era que en algún lugar tenía que esperar el Ford del Bobby. Nunca delante de la casa donde él estaba, eso lo sabía, era una vieja maña de los tiempos de guerra, el Ford frente a casa de un inocente y el Bobby bien lejos, mirando como le atacaban la casa al imbécil que se dejó parquear el carro enfrente, pero, ¿quién se iba a negar? La gente lo que hacía era abandonar el campamento.

Pasaron la luz del farol y comenzaron a cruzar la calle. Ya le estaba poniendo el seguro a la cuarenta y cinco cuando el azar, ese hijo de puta, hizo que el Bobby cogiera una piedra, regresara corriendo a casa de Nina, y se la tirara a una ventana rompiendo los cristales. Nadie salió a mirar, nadie protestó. Regresó caminando lentamente, registrándose los bolsillos y el azar lo hizo detenerse justo debajo del farol, y allí se puso a encender un cigarro.

Lo dejé, un condenado a muerte siempre tiene una última voluntad, y como yo no podía ir a preguntársela lo dejé encender su cigarrillo. Lo tenía medido, pero escogí el único disparo que podía fallar. Cuando la brasa enrojeció por la aspiración vi la sombra de Nininga acercándose a la luz y disparé...

pero disparé a la cabeza y no le di. Entonces todo ocurrió muy rápidamente. El Bobby se encogió para saltar hacia la oscuridad y gritó: ¡Nininga! Le corté el salto con tres disparos, esta vez al bulto, a donde le diera. Los disparos no lo hicieron retroceder, no lo tiraron para atrás como las películas, sólo lo movieron un poco, lo estremecieron y quedó tirado de espaldas, los pies en la sombra, el torso amarillo bajo el farol y Nininga parado en el borde, atónito.

Le apunté y ya iba a dispararle cuando echó a correr. Sentí sus pisadas perderse en la esquina pero no me fui. El Bobby se retorció en el piso y no parecía herido de gravedad. Nadie salió a mirar. Dentro de la casa de Nina se escuchó un sollozo y luego nada. Entonces me acerqué, siempre en la sombra, me acerqué como si estuviera paseando por El Prado, mejor que en El Prado, porque aquí ningún pájaro me iba a cagar la cabeza. Miré a el Bobby y su rostro tenía algo perdido, borrado por el dolor. No reconocía al niño gordito, que entonces no era el Bobby sino el Bobito, y no le gustaba ocultarse en lugares demasiado oscuros. Era el clásico perdedor en el juego De Los Escondidos, El Titirilátara, y peor en Policías y Ladrones, donde siempre era policía, nunca lo escogían como ladrón por ser demasiado lento e ineficaz a la hora de huir. Lo recordaba de carcelero, colocado en la reja de algún portal que simulaba la cárcel, con un fusil de madera temblándole en la manos. Y cuando me atrapaban a mí, el mejor ladrón de la pandilla, El Bobito pedía que dejaran a otro policía, y me miraba con miedo, como si de verdad ocultara un arma bajo mis ropas de niño. Todo eso fue borrado por el tiempo y el hombre que tenía a mis pies se convirtió en un animal peligroso e implacable, quizás por culpa mía, que lo hice temblar mil veces de niño allá con el fusil de madera repiqueteando contra su corazón. Afilaba sus rasgos y su mirada hasta parecer una esfinge a la que le hubieran descubierto el acertijo. Pero estos rasgos ya nada tenían que ver con él, yo estaba viendo por primera vez, cara a cara, el verdadero rostro de la muerte. Me acerqué al Bobby, al ganador de batallas, al tipo más duro de la parte alta de Luyanó, al hombre de los mil enemigos humillados, y cuando estuve muy cerca, tan cerca que sentía su último calor, le disparé a la cabeza. Adentro Nina sollozó otra vez, pero yo sabía que el dolor duraría lo que un trago, y me dio la idea de consolarla uno de estos días. Una puta triste no gusta, lo sabía Nina y lo sabía yo, como sabía que la policía no iba a revolver demasiado el asunto en torno a la muerte de la basura más grande que jamás tuvo este barrio desde que era barrio. Y nunca, nunca se iban a imaginar que el más tranquilo del barrio había sido el que lo mató. Era el crimen perfecto, gracias a Chandler, gracias a Hammett, gracias a Borges, gracias a las películas del sábado, gracias a Dios... Había sido un asunto de dinero, poco dinero, yo le vendí un televisor, se lo llevé y él no me lo quiso pagar aunque ya lo tenía puesto en la sala de Nina: «Ven otro día, ladrón... ¿sabes, Nina? El chino es el mejor ladrón de la pandilla. ¿No es así chino, tú no te le escapas a cualquiera?» Y se echó a reír, y Nina ríe con él. «Ven otro día, ladrón, hoy no puedo meterme la mano en el bolsillo, es por religión, me lo tienen prohibido» Y se echaron a reír otra vez. Fue el único negocio, el primero y el último. Yo no era un ladrón, mi negocio era con

marineros que traían todo lo que les hacía falta para sus casas a los nuevos ricos de Luyanó. Con un poco de tiempo podía conseguir desde una tostadora hasta un juego de cuarto. No, yo no era un ladrón, pero sabía muy bien por qué el Bobby lo decía. Ah, Bobby, los dos tuvimos el mismo recuerdo encajado en la cabeza por más de veinte años. Yo tratando de escapar, tú temblando. Veinte años sin entender por qué yo no había logrado escapar y cómo tú lograste disparar una y otra vez tu fusil de madera... No fui más, ¿para qué?... Eso ocurrió casi un año antes, y durante ese tiempo el Bobby estaba a tanta gente, solo por joder... Una mierda, doscientos dólares, que en aquella época uno le daba una patada a un perro en Luyanó y salían doscientos dólares, eso y... no sé, no me gustó que Nina se riera. Yo era demasiado joven y demasiado loco, y tenía toda la mierda del barrio metida en la cabeza, y muchos libros donde todo le sale mal al malo sin lograr convencerme, porque vivo en un lugar donde los malos hacen un montón de barbaridades antes de que los coja la policía... así pasan las cosas, esa es la ilógica suma de razones de una muerte.

Cuando ya no se movió volví rumbo al pasillo y por poco se me jode el crimen perfecto. Allí, tirada en el portal de la bodega, estaba Renuncia, la loca del barrio, borracha, con todos sus trastos alrededor. No podía verme, no podía saber quién era en la oscuridad, con esa borrachera y mi disfraz de ninja. Al ver que me acercaba se dio un largo trago y me dijo muy bajo. «Te mueves como un gato, hombre, como un gato». Y lo siguió repitiendo mucho tiempo, mientras yo regresaba por techos y pasillos y botaba la pistola y los guantes en una cloaca y hallaba a mis putas cada una en su lugar y me acostaba a dormir entre ellas y al otro día me despertaba La Pony con la noticia, «¡Mataron al Bobby!», y nos dábamos un par de tragos preguntándonos cómo habrá sido, quién habrá sido y luego pasábamos un buen rato los tres porque La Pony es una puta honesta, trabajo pagado hay que terminarlo con calidad. La frase sonaría muchos años después, todos estos años sentí no el sentimiento de culpa del corazón acusador de Poe, sino el elogio de aquella loca, «te mueves como un gato» a mí, que adoro a los felinos.